

PRIMERA PARTE

SANDY SHOW MIAMI

El hombre antes del nombre

Sandy Fernández Fernández
Relato biográfico

PRIMERA PARTE

Una historia de resistencia, reinención y libertad

*Relato biográfico de Sandy Fernández Fernández,
conocido públicamente como Sandy Show Miami.*

NOTA DEL RELATO

Esta obra cuenta hechos reales de la vida y la trayectoria de Sandy Fernández Fernández. La narración reconstruye atmósferas, ritmos y transiciones para ofrecer una lectura literaria, pero evita atribuir diálogos no documentados. Los datos profesionales proceden del archivo personal, las investigaciones conservadas, la entrevista publicada por Directum Magazine en 2017, documentos de premios y el expediente biográfico reunido en 2026.



No es una lista de cargos ni un currículum disfrazado. Es la historia de un hombre al que le cambiaron el camino más de una vez y que, aun así, siguió avanzando hasta convertir su nombre en un proyecto propio.

La noche en Jamaica no parecía distinta de otras noches del Caribe. Había humedad en el aire, luces lejanas y un rumor de agua que, desde tierra, podía confundirse con calma. Pero para Sandy Fernández Fernández aquella oscuridad tenía otro peso. No era la noche de un espectáculo ni el final de una jornada de trabajo frente a turistas. Era la frontera entre la vida que conocía y una vida que todavía no tenía forma. En algún punto, una embarcación aguardaba. Detrás quedaban Cuba, los escenarios, los micrófonos, los diplomas, los años de estudio y una carrera reconstruida con paciencia. Delante solo estaba el mar.

No llevaba un aplauso consigo. Tampoco una garantía. Lo que llevaba era la certeza de que regresar podía significar perder la libertad y que avanzar podía costarle la vida. Esa es la clase de decisión que no se parece a las decisiones comunes. No se toma entre dos caminos buenos, sino entre dos peligros. Mientras esperaba, seguramente resultaba imposible ordenar todos los recuerdos que lo habían llevado hasta allí. Sin

embargo, cada uno de esos recuerdos seguía dentro de él: el muchacho de Santiago de Cuba, el deportista, el investigador, el actor, el locutor, el presentador, el hombre que había aprendido a sonreír ante una multitud incluso cuando su propia vida comenzaba a cerrarse.



Mucho antes de que existiera el nombre Sandy Show, había un niño nacido el 22 de julio de 1983 en Santiago de Cuba. Creció en una familia donde el deporte no era una actividad de fin de semana, sino una forma de entender la vida. Los horarios, el cansancio, la repetición y la disciplina no necesitaban explicarse demasiado. Se aprendían viendo a los adultos, acompañando entrenamientos y descubriendo que un resultado visible casi siempre dependía de muchas horas que nadie veía.

El cuerpo fue su primer territorio de estudio. Antes de que conociera la fuerza de un micrófono, conoció el valor de la respiración, el ritmo y la resistencia. El deporte le enseñó a medir el esfuerzo, a soportar la frustración y a regresar al día siguiente aunque el día anterior no hubiera salido bien. Esa educación silenciosa terminó convirtiéndose en la base de todo lo que haría después. Cuando la vida le quitó caminos, él respondió de la única manera que conocía: entrenando otra posibilidad.



Archivo visual de la etapa deportiva y formativa.

Durante años creyó que su futuro estaría ligado por completo a la Cultura Física y al Deporte. No se limitó a practicar. Estudió, investigó y convirtió la experiencia atlética en conocimiento. Alcanzó el grado de Máster en Ciencias de la Cultura Física y el Deporte, una formación que exigía mucho más que memorizar teorías. Había que observar, comparar, diseñar metodologías y comprender que cada persona aprende de una manera distinta. Esa mirada científica se quedaría para siempre con él, incluso cuando cambiara las piscinas por las cabinas de radio y los salones académicos por los escenarios.

Entre sus trabajos conservados aparece una investigación sobre los beneficios de la natación para una persona con síndrome de Down. El propósito no era exhibir un resultado deportivo, sino construir una adaptación segura al medio acuático. Respiración, flotación, locomoción, saltos y juegos fueron reorganizados de forma progresiva. El agua dejaba de ser una amenaza y se convertía en espacio de autonomía. Aquel estudio revela algo importante sobre Sandy: desde temprano le

interesó el proceso que permite a alguien vencer un límite, no solo la fotografía del triunfo final.

También desarrolló un sistema de ejercicios para la técnica de mariposa. El estilo exige coordinación, fuerza, respiración y una continuidad precisa entre brazos, piernas y movimiento de cadera. Un error pequeño puede romper toda la secuencia. Sandy trabajó sobre diagnósticos individuales y correcciones específicas para nadadores de diferentes edades. Años después, sin proponérselo, repetiría la misma lógica sobre su propia vida: identificar el error, ajustar el movimiento y no detenerse en medio de la brazada.

Sus reflexiones sobre el entrenamiento analizaban la carga, la recuperación, la adaptación biológica y la supercompensación. El cuerpo mejora cuando el esfuerzo y el descanso encuentran una relación adecuada; si la carga es desordenada, el avance se rompe. En Cuba, sin embargo, la vida profesional no siempre obedecía a la lógica del mérito. El esfuerzo podía ser desplazado por una orden, una sospecha o una exigencia política. Para un joven que había confiado en la disciplina como garantía de futuro, descubrir aquello fue una herida profunda.

CIENCIA, DEPORTE E INVESTIGACIÓN

**Sandy Fernández
Fernández**

- Máster en Ciencias de la Cultura Física y el Deporte
- Investigador en Ciencias del Deporte
- Autor y coautor de trabajos en revistas internacionales
- Comentarista deportivo y guionista de programas radiales

Formación científica · rigor metodológico · comunicación deportiva

La formación científica y la investigación acompañaron los primeros años profesionales.

La primera vez que le quitaron el camino ocurrió en el deporte. Según su testimonio, las presiones políticas interrumpieron una carrera para la cual se había preparado durante años. No fue solamente la pérdida de un empleo o de una posición. Fue la sensación de que todo el conocimiento acumulado podía quedar suspendido por razones ajenas a su capacidad. El régimen no necesitaba destruir físicamente un diploma para volverlo inútil. Bastaba con cerrar las puertas donde ese diploma debía tener valor.

La primera vez le cerraron el camino del deporte. La segunda intentaron apagar la voz que había construido para sobrevivir.

Durante un tiempo, el futuro debió parecerle un cuarto sin ventanas. Había cumplido con las reglas visibles: estudiar, investigar, trabajar. Pero existían otras reglas, menos transparentes, que exigían obediencia y silencio. En ese punto podía haberse quedado repitiendo la injusticia. En cambio, buscó una salida que nadie había previsto para él. La encontró en algo que siempre había estado presente, aunque todavía no lo reconociera como profesión: la voz.



La radio no se parecía a una piscina, pero también dependía del ritmo y la respiración. Un locutor aprende cuándo sostener una frase, cuándo acelerar, cuándo permitir que el silencio complete una idea. Un actor radial necesita controlar el cuerpo aunque nadie lo vea. Un comentarista deportivo debe observar, interpretar y explicar. Sandy llegó a ese mundo con una combinación extraña y poderosa: disciplina científica, memoria deportiva, instinto escénico y una necesidad inmensa de volver a empezar.

A partir de 2004, su presencia en la radio fue creciendo. No entró para ocupar una única función. Actuó, escribió guiones, musicalizó, asistió en la dirección, presentó espacios y aprendió el oficio desde varios ángulos. En programas como Portal Joven, Pronto y Tridimensional fue descubriendo que una cabina podía contener tantos mundos como un escenario. Había humor, información, música, personajes y un contacto invisible con personas que escuchaban desde sus casas, sus trabajos o la calle.



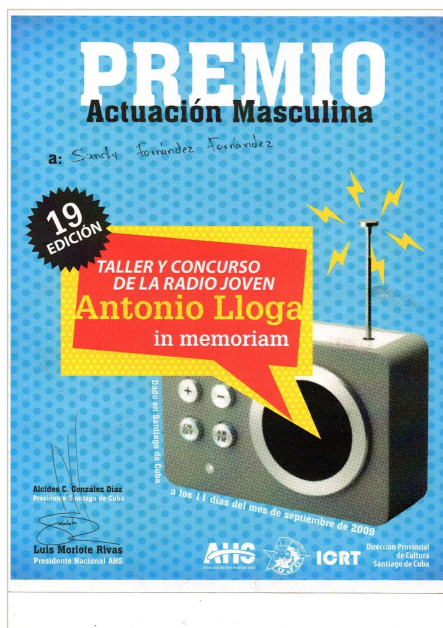
Sandy en una cabina de radio durante su etapa en Santiago de Cuba.

En la radio aprendió algo que más tarde sería esencial para las entrevistas: el público reconoce cuándo alguien está recitando y cuándo está verdaderamente presente. Sandy no quería sonar como una voz distante. Le interesaba la cercanía, la agilidad, la sensación de que el programa estaba ocurriendo junto al oyente. Esa energía hizo que el micrófono dejara de ser un objeto técnico y se convirtiera en una extensión de su personalidad.

Su formación deportiva regresó por otra puerta. Trabajó como comentarista en *El Mundo de los Deportes*, *A la Carrera* y *Revista Deportiva Sprint*. No hablaba del deporte desde afuera. Entendía la preparación, la carga, la técnica y el costo físico detrás de un resultado. También narró de forma ocasional juegos de béisbol de la Serie Nacional. El hombre al que habían apartado de una carrera deportiva volvía a entrar en los estadios convertido en voz.

Aquel giro tenía una ironía silenciosa. Lo que parecía el final de una profesión había creado otra. El investigador aprendió a traducir conceptos complejos en palabras sencillas. El deportista entendió cómo construir tensión. El actor aprendió a sostener la atención. Poco a poco, todas las versiones de Sandy comenzaron a trabajar juntas.

En 2009, esa etapa recibió un reconocimiento importante: el Premio de Actuación Masculina en la decimonovena edición del Taller y Concurso de la Radio Joven Antonio Lloga in memoriam. Existe el diploma, la fotografía y una publicación de la época que lo menciona entre los actores triunfadores. Para alguien que había tenido que reconstruirse, aquel premio significaba más que una distinción artística. Era la prueba de que el segundo camino también podía ser legítimo.



Diploma original del Premio de Actuación Masculina, Antonio Lloga, 2009.

Un año después recibió, según su archivo profesional, una mención en locución masculina por Pronto, tan rápido como quieras. Los reconocimientos provinciales y las experiencias

acumuladas confirmaban que ya no se trataba de una improvisación temporal. La comunicación se había convertido en una carrera real. Sandy dominaba personajes, tonos, guiones y la velocidad necesaria para reaccionar cuando algo cambiaba en vivo.

La actuación lo llevó a territorios todavía más amplios. Participó en dramatizados y montajes, trabajó con personajes y exploró la transformación física. En el archivo aparecen referencias a obras como Fuenteovejuna, El paraíso no existe y El conde Drácula tiene Sida. En una fotografía, caracterizado como Drácula, la mirada y el vestuario muestran a un hombre dispuesto a desaparecer dentro de un personaje. La actuación le enseñó que la identidad también puede construirse, ensayarse y proyectarse.



El escenario ofrecía una recompensa distinta a la radio. Allí el público estaba presente, visible, impredecible. No bastaba con una buena voz. Había que leer la energía del lugar, improvisar, moverse y sostener el espectáculo cuando algo no salía como estaba previsto. Sandy encontró en esa presión una forma de libertad. Había pasado años siguiendo metodologías; ahora podía usar esa disciplina para crear espontaneidad.



Caracterización actuarial conservada en el archivo personal.

Su crecimiento lo llevó al Cabaret Tropicana de Santiago de Cuba. Presentar un espectáculo de esa magnitud significaba entrar en una tradición escénica reconocida dentro y fuera del país. Luces, bailarines, música, vestuario y públicos diversos exigían una conducción segura. La imagen de Sandy vestido de naranja, micrófono en mano, rodeado por el elenco, conserva el instante en que el muchacho formado en el deporte ocupó uno de los grandes escenarios de su ciudad.

Tropicana no fue un simple empleo. Fue una escuela de presencia. Cada noche podía cambiar según el público, el clima del salón o el ritmo de los artistas. Sandy aprendió a conectar segmentos, sostener el ánimo y convertir la presentación en parte del espectáculo. Dejó de ser solamente el hombre que anunciaba lo que venía. Empezó a convertirse en una figura con identidad propia.

Esa identidad terminó encontrando un nombre: Sandy Show. La palabra “show” no era un adorno. Resumía la mezcla

de animación, humor, baile, entrevista, improvisación y cercanía con el público. Proyectos y escenarios como Loc@moción ampliaron su alcance. Las fotografías muestran multitudes, luces, invitados y un presentador que ya no parecía pedir permiso para ocupar el centro. Había construido una segunda vida profesional.



Presentación en el Cabaret Tropicana de Santiago de Cuba.

Años después, una extensa entrevista publicada por Directum Magazine en mayo de 2017 organizaría parte de aquel recorrido. La revista documentó la formación deportiva, los programas de radio, el premio Antonio Lloga, Tropicana, Loc@moción y el nacimiento de Sandy Show. Para entonces, la historia parecía la de una reinención exitosa. Lo que todavía no podía verse con claridad era que esa segunda carrera también estaba en peligro.

Mientras crecía en la radio y el espectáculo, Sandy comenzó a interesarse por una forma de comunicación que escapaba a los canales tradicionales. Internet en Cuba era

limitado, caro y controlado. YouTube parecía una ventana situada muy lejos de la vida cotidiana de la mayoría. Precisamente por eso, imaginar un programa para esa plataforma tenía algo de desafío.

Antes de viajar por Internet, los capítulos de Talento Urbano viajaban de mano en mano.

Talento Urbano surgió como un proyecto audiovisual alternativo para mostrar artistas, opiniones, expresiones culturales y realidades que no encontraban espacio en los medios estatales. No podía apoyarse en una infraestructura normal. Había que producir con recursos limitados, mover archivos, encontrar maneras de compartir los capítulos y confiar en redes informales. El contenido viajaba en memorias USB, discos y dispositivos de almacenamiento. Antes de ser visto en una pantalla conectada, muchas veces circulaba de mano en mano.



Conducción ante un público masivo durante la etapa de espectáculos en vivo.

Aquella distribución clandestina convertía cada episodio en algo más que entretenimiento. Era una pequeña grieta en el monopolio de la imagen. Talento Urbano entrevistaba, registraba y mostraba una Cuba que no necesitaba autorización para existir. Sandy se encontraba nuevamente en el lugar que mejor conocía: delante de una persona, con un micrófono, tratando de hacer la pregunta que permitiera descubrir una historia.

La cámara amplificó su capacidad para improvisar y escuchar. A diferencia de la radio, cada gesto quedaba registrado. A diferencia del escenario, la conversación podía viajar lejos, repetirse y llegar a personas desconocidas. Sandy comprendió temprano que el futuro de la comunicación estaría en esa combinación de presencia, video y circulación digital. Pero también comprendió que, bajo un régimen obsesionado con el control, una cámara independiente podía ser considerada una amenaza.

La libertad creativa tenía un precio. Según su relato autobiográfico, comenzaron el hostigamiento, las amenazas y las detenciones. La presión no era completamente nueva; ya había conocido el costo político dentro del deporte. Pero ahora el riesgo alcanzaba una carrera artística construida después de la primera pérdida. Era como si la misma mano regresara para borrar por segunda vez el futuro que había logrado dibujar.

No se trataba solamente de dejar de hacer un programa. La vigilancia y el proceso judicial de carácter político hacían temer una detención definitiva. Cuando el poder decide convertir una voz en problema, cada actividad cotidiana cambia de significado. Una llamada puede ser una advertencia. Una salida puede terminar en interrogatorio. Un proyecto deja de ser solamente un proyecto y se convierte en evidencia contra quien lo realiza.



Talento Urbano: entrevista y producción audiovisual alternativa.

Sandy había aprendido a trabajar ante públicos grandes, pero no había una multitud capaz de protegerlo. Había premios, fotografías, investigaciones y años de experiencia, pero ninguno de esos documentos podía garantizarle seguridad. Por segunda vez, debía escoger entre aferrarse a lo construido o salvar la posibilidad de construir algo más.

La oportunidad apareció bajo la forma de un trabajo en el Caribe. Harmony Entertainment desarrollaba actividades de animación y espectáculos, y Jamaica ofrecía una salida legal de Cuba. Ocean Coral Spring, un complejo turístico de Ocean by H10 Hotels, necesitaba profesionales capaces de conducir, entretener y relacionarse con visitantes internacionales. Para Sandy, la oferta era trabajo, escenario y, sobre todo, puerta.

Llegar a Jamaica significó respirar fuera de Cuba, pero no significó estar a salvo de todas las incertidumbres. Durante el día podía presentarse, organizar actividades y sonreír ante huéspedes que habían viajado para descansar. Dominaba la energía del entretenimiento multicultural, adaptaba el lenguaje y volvía a comprobar que su oficio funcionaba en otro país. Por la noche, sin embargo, la pregunta seguía abierta: ¿qué venía después?

El resort mostraba una versión brillante del Caribe: piscinas, música, escenarios, turistas y programaciones diseñadas para que nadie pensara en el tiempo. Sandy trabajaba dentro de esa maquinaria mientras su propia vida estaba suspendida. Podía lograr que un público olvidara sus preocupaciones durante una hora, pero él no podía olvidar que su permanencia era provisional y que regresar a Cuba no era una opción segura.



Etapla profesional en Ocean Coral Spring, Jamaica.

En Jamaica descubrió otra dimensión de su oficio. La comunicación debía atravesar acentos, edades y costumbres distintas. El gesto, la música y la capacidad de leer al público se volvían tan importantes como las palabras. El muchacho de Santiago, el investigador, el locutor y el presentador de Tropicana seguían allí, pero ahora trabajaban en un territorio nuevo. Sandy estaba aprendiendo a ser internacional antes de saber dónde terminaría viviendo.

La oportunidad de trabajar en Jamaica fue también la puerta para abandonar Cuba.

Durante ese tiempo maduró la decisión más peligrosa. Desde Jamaica podía intentar llegar a México por mar y

continuar después hacia Estados Unidos. No existía una ruta cómoda ni una seguridad real. El viaje implicaba una embarcación precaria, aguas abiertas y la dependencia de personas y circunstancias que no podía controlar. El cuerpo entrenado para la resistencia tendría que soportar una prueba que ninguna metodología había previsto.

En las horas anteriores a la salida, todo lo vivido debió presentarse de una manera extraña. Santiago, las piscinas, las investigaciones, las cabinas, los personajes, los premios y los escenarios no formaban una línea ordenada. Eran fragmentos de una vida que podía quedar para siempre detrás. No era posible cargar físicamente con todos los documentos. Lo esencial tenía que viajar en la memoria.



Por eso, cuando se acercó a la embarcación, Sandy no era un hombre sin historia. Era un hombre obligado a abandonar las pruebas visibles de su historia. Llevaba la disciplina de los entrenamientos, la respiración de la radio, el instinto del escenario y la decisión de no permitir una tercera desaparición. A cierta distancia, las luces de Jamaica seguían encendidas. Parecían firmes, pero comenzaron a reducirse a medida que la lancha se separaba.

El motor rompió la última posibilidad de silencio. La costa se hizo pequeña. Después quedó una línea oscura. Y luego, por un momento, no quedó nada que pudiera llamarse tierra.



La costa se hizo pequeña. Después quedó una línea oscura.

La etapa caribeña precedió la travesía hacia México y Estados Unidos.